

que, atado de pies y manos, en la obscuridad de la noche sea precipitado, puente abajo, en el caudaloso Moldava. La orden fué ejecutada con todo secreto; pero el cielo con brillantes señales se encargó de publicar la gloria del protomártir del sacramento de la penitencia. Misteriosas antorchas discurrían por el río, á cuyo indicio, acudiendo todo el pueblo, fué hallado el sagrado cadáver y sepultado con honores de confesor de Cristo.

10. ¡Ahí tenéis, amados fieles, el genuino dechado del sacerdote católico! *Ecce sacerdos magnus, qui in diebus suis placuit Deo*¹. ¡Ahí tenéis el retrato de un levantado carácter en vida y en muerte, en obras y palabras, en la cátedra de la verdad y en el tribunal de la reconciliación! Un modelo de esta clase debería estar siempre delante de los ojos de todo cristiano para alentarle y confundirle. El Cabildo metropolitano de Praga experimentó bien pronto la irresistible fuerza de tan alto ejemplo, no vacilando en tributar los merecidos honores al sepulcro de su glorioso compañero, sin que le arredrasen las iras del furioso emperador. ¡Pluguiera á Dios que supiésemos todos imitarle, cada cual en el cumplimiento riguroso de sus respectivos deberes! Invocadle vosotros, respetables señores capitulares, y pedidle para todo el clero de esta ilustre arquidiócesis las virtudes sacerdotales de que nos legó, hablando y callando, tan esclarecidos ejemplos. Invocadle, fieles todos, seguros de su poderosa intercesión delante del Altísimo, y pedidle, no sólo favores temporales, sino con especial fervor las virtudes cristianas, con cuya posesión, haciéndonos superiores á nuestras debilidades, mereceremos alcanzar algún día la corona de los fuertes. Así sea.

¹ Brev. Rom. (Off. Conf. pont. ad capit.)

PANEGÍRICO DE SAN LUIS GONZAGA

(predicado en la fiesta de su tercer centenario, Medellín [Colombia] 1891).

El modelo y protector de la juventud.

Ecce ego mittam angelum meum, qui praecedat te, et custodiat in via.

He ahí que yo enviaré mi ángel, que te guíe y te guarde en el camino.

Ex. 23, 20.

1. Sobrevivir trescientos años después de pagado el común tributo de la humana mortalidad, y sobrevivir lleno de gloria en la memoria y en el corazón de millares de hombres, es, hermanos carísimos, alcanzar á una altura prodigiosa que deja muy atrás, no sólo la famosa torre parisiense de 300 metros, sino la región de las nieves eternas que coronan los gigantescos picos de las montañas andinas. Colocado en esa cúspide, ¡cuánto se eleva el admirable Luis Gonzaga sobre el nivel de las humanas grandezas! ¿Qué linaje de grandeza es ésta, que resiste al empuje de tres siglos de vaivenes sociales? Durante este período de la historia, tan fecundo en grandes hombres como en maravillosos sucesos, han brillado ciertamente un sin número de héroes, de sabios y de santos, dejando luminosa huella en todas las esferas de la vida natural y sobrenatural; pero, la verdad sea dicha, ¿de cuántos de ellos se guarda tan religiosa, tan fresca y cariñosa la memoria como del joven Luis Gonzaga, escolar modestísimo de la Compañía de Jesús? ¿cuántos de ellos puede decirse que viven, no sólo en la memoria, sino en el corazón de los hombres? Después de todo, si á muchos se admira como á genios superiores y aun se tributa homenaje de eterna gratitud, ¿á cuántos se toma por modelos? ¿á cuántos se invoca cual patronos? Entre los mismos varones eximios

cuya santidad honra la Iglesia en los altares y encomia en los púlpitos, ¿hay muchos por ventura tan universalmente conocidos y tan vivamente amados como aquél cuyo tercer centenario celebramos alegremente en este día?

2. Sobrevivir trescientos años es, amados oyentes, gozar de una eterna juventud: San Luis, joven aún al desprenderse de los lazos terrenales para volar al cielo, conserva fresco ese verdor inmarcesible, no sólo en aquel *prado de bienandanza* de la gloria, donde no penetra la vejez, sino aquí también donde el soplo helado de los tiempos todo lo marchita, deseca y pulveriza. ¡Qué gloria la de nuestro amable Santo! Y es porque apoya su trono en el amor de la juventud católica de todo el orbe, la cual, una vez conocido, le aclamó y continúa aclamándole con entusiasmo sin límites su patrono y modelo, el ángel tutelar que Dios le ha dado para guiar sus pasos vacilantes y protegerla en su camino. La juventud ha creído escuchar la voz del cielo que la decía: *Ecce ego mittam angelum meum, qui praecedat te, et custodiat in via*¹. Y, que no se haya equivocado, compruébalo la historia de la Iglesia en los tres últimos siglos, y otra historia no escrita en su mayor parte, la historia íntima de millares de almas.... Sí, la juventud no se ha equivocado al proclamar á San Luis su modelo y abogado. Congregaciones religiosas, academias literarias, institutos de educación, iglesias y templos, altares y estatuas, maravillosas obras de arte, decretos pontificios lo habían dicho ya con voz unánime de mucho tiempo atrás; pero hoy lo repite y confirma á voz en grito la sociedad cristiana, exigiendo que se celebre con magníficos festejos el

¹ Ex. ubi supra.

tercer centenario del nacimiento para el cielo del bienaventurado Gonzaga. ¡Honor á la juventud, iniciadora principal de este hermoso pensamiento! ¡Honor también á los distinguidos jóvenes que, en todos los países del mundo, han acogido con entusiasmo esa idea para realizarla en todo su esplendor!

3. Justo será, por lo tanto, que la voz de la oratoria sagrada, encargada de tomar parte en este concierto de alabanzas para común edificación de los fieles, escoja de preferencia esa faz del angélico joven, á fin de presentarlo á los jóvenes, principalmente á los que cultivan las letras, como el ideal del joven cristiano. Que vean, pues, con santa emulación, en Luis el acabado modelo de virtud, cuyos admirables perfiles debe esforzarse á copiar la noble juventud católica; y que en él contemplen y veneren al protector celestial encargado providencialmente de guiar la frágil edad primera por el difícil, pero seguro, camino de la felicidad. Que vean todos cumplida la promesa divina: *Ecce ego mittam angelum meum....* Conocido ya el asunto de vuestra piadosa atención, ayudadme, cristianos, á impetrar el valimiento de la Reina de los ángeles y madre de San Luis: *Ave María*.

I.

4. No fuera Luis en toda propiedad el modelo de la juventud, si no se hubiese santificado en la flor de la vida. Veintitrés años le bastaron para recorrer toda su carrera de gigante de la santidad. Á la verdad, no se necesita vivir largos años para llegar á la cumbre de la perfección. La santidad, en el orden del cristianismo, es flor y fruto de todas las estaciones de la vida. Aunque, por lo heroica y laboriosa, parece exigir

el transcurso de dilatados años, puede, centuplicándose el trabajo, obtenerse en corto tiempo, no sin especial auxilio de la gracia. *Consumado en breve*, dice la Escritura, *llevó la carrera de una larga vida*¹, no ciertamente sin multiplicar las coronas á proporción de la rapidez de la carrera. Empero, si toda santidad es heroísmo, la santidad de un joven lo es en grado extraordinario. Y tal fué la de nuestro héroe. Luis Gonzaga santificó la juventud. ¿De qué manera, amados jóvenes? Pues, al modo que la gracia santifica la naturaleza, esto es, depurándola y perfeccionándola. La naturaleza, como obra del Criador, abunda en buenas cualidades, porque *vió Dios todo lo que había hecho, y lo halló muy bueno*²; la gracia se encarga de realzarlas y llevarlas á su debida perfección. Pero la naturaleza humana, decaída y degradada por el pecado, ofrece también abundante cosecha de vicios y defectos; es, pues, preciso que la gracia se tome el trabajo de purificarla. Depurar la juventud de aquellas manchas y defectos que le son inherentes, á lo menos en el presente estado, y luego enaltecer las bellas prendas que naturalmente la atavían, tal fué la labor de santificación, efectuada por la mano de la gracia en el ángel de la juventud. Veámoslo por partes.

5. Por más rica que sea la dote con que el hombre viene al mundo, no es posible que carezca de aquellos defectos que, en mayor ó menor escala, afean aquel primer período de la vida que se extiende desde la infancia hasta la edad viril³, y podemos reducir á dos raíces, á saber: la preponderancia de los sentidos sobre

¹ Sap. 4, 13.

² Gen. I, 31.

³ Vitiis sine nemo nascitur.... (Horat.)

la razón, y la debilidad de la voluntad para el bien. Mas ¡oh prodigio de la gracia! aun de esas manchas estuvo exenta la juventud de San Luis. Consideremos, hermanos míos, lo que acontece generalmente en el hombre. El desarrollo físico precede al desenvolvimiento espiritual y moral, por la esencia misma del compuesto humano, bien definido en las escuelas: *animal racional*. De aquí nace que preponderen durante la infancia las facultades sensibles, esto es, aquellas que tienen por objeto el bien físico, útil ó deleitable, sobre las espirituales. El hombre, en los primeros días de su existencia, no es de hecho sino un viviente sensitivo: siente para vivir; toda la actividad de su ser se concentra en este objeto, la vida física, y apenas si alcanzan á vislumbrarse, á través del pequeño organismo, los destellos de una nobilísima alma racional. Más adelante, no contento ya con sólo vivir, el niño siente el aguijón del placer, necesita gozar; y he aquí por qué, mientras todavía la razón dormita ó apenas empieza á despertar, los sentidos funcionan con asombrosa actividad, y es natural que busquen con febril ardor y avidez irresistible objetos que, lisonjeándolos, satisfagan esa vasta capacidad que tiene el hombre de apoderarse del mundo exterior. ¡Condición bien triste y humillante para el destronado monarca de la creación! Posee una centella divina, pero sepultada durante muchos años, como la chispa en el seno del pedernal, bajo el peso de la vil materia. Cuando esa chispa empieza á triunfar del organismo, iluminando los primeros pasos de la vida racional, entonces es cuando la sensualidad, puesta como en acecho para sorprender á la razón, trata de apoderarse de ella; y, ya que no pueda extinguirla, se esfuerza por hacerla servir á sus intereses, y esclavizarla

á sus caprichos. Y así es como nacen impetuosas, despoticas en el niño las primeras pasiones, el apetito de juegos y pasatiempos, la fogosidad del carácter, la envidia, el enojo, la pereza y tantas otras. ¡Cuáles son, en efecto, los naturales instintos del niño! Comer, dormir, jugar, salir con su antojo, reñir, sobreponerse á sus iguales. Y aun el adolescente y el joven, ¿no sienten la propensión más violenta á los placeres, al juego, á la vanidad, á la satisfacción del orgullo? ¡Ay del hombre en quien lleguen á señorear de tal modo esos tiranos de las pasiones, que ahoguen, por decirlo así, el movimiento de las facultades intelectuales y morales! Por el contrario qué feliz aquél que, ayudado de la gracia, supo conquistar bien temprano el imperio del espíritu sobre los sentidos! Tal fué, ¡pero en cuán excelso grado! el bienaventurado San Luis.

6. Ya recordaréis, oyentes míos, cómo, por una visible predilección de la gracia, el renacimiento espiritual por el bautismo se anticipó al completo nacimiento de Luis. Su vigoroso espíritu no tardó en subyugar completamente á la materia. Para probarlo bastaría hablar de su virtud favorita, de aquella que le coloca en la categoría de los ángeles, su portentosa castidad, virtud, tal como la poseyó Luis, superior á la humana condición, aun elevada por la gracia; pues, reduciendo la carne al último grado de sumisión al espíritu, pareció haber espiritualizado á nuestro joven en un modo semejante al que corresponde á los justos después de la resurrección, los cuales, al decir de nuestro Señor Jesucristo, *serán como los ángeles de Dios en el cielo*¹. Podría para el mismo intento hacer mérito de su es-

¹ Matth. 22, 30.

pantosa penitencia, que le hizo comparable, aun viviendo en medio de las cortes, á los antiguos anacoretas, famosos en la historia por el rigor de sus austeridades. Pero me fijaré solamente, como en punto más substancial y accesible á la imitación de los jóvenes, en aquel su espíritu de abnegación, en aquella labor incesante de vencerse á sí mismo. Apenas empiezan á despuntar en su infancia las primeras pasioncillas, cuando ya Luis, dotado de sobrenatural intuición, las sorprende, y, con una fuerza de voluntad superior á la naturaleza, las sofoca en su mismo germen. Y tan completo es el triunfo que obtiene sobre los movimientos de su ánimo, que llega á ser dueño hasta de sus primeros ímpetus, sometiéndolos al gobierno de la razón. ¡Tan lejos estuvo de llegar á ser víctima de pasión alguna! ¡Desdichados de nosotros, á quienes, no ya en la edad primera, sino en la plenitud de la vida nos arrastran, cual desbocados corceles, las más locas y desapoderadas pasiones!

7. Para tenerlas á raya, Luis se dió desde muy niño á la más severa represión de los sentidos. ¿No son éstos los que suministran pábulo á aquellas desarregladas inclinaciones de la porción inferior de nuestra alma? ¿No es por esas puertas por donde penetra la perturbación al espíritu, fascinado con imágenes de bienes seductores? ¿Quién sino el sentido inflama el corazón del necio? Asombro de todos los siglos ha sido, y lo será eternamente, la portentosa modestia de San Luis. ¡Prodigio de mortificación, de dominio de sí mismo, no permitir á sus ojos, durante tantos años de roce doméstico, fijarse alguna vez en semblante de mujer, aunque sea reina, ¿qué digo? aunque sea su propia y muy querida madre!—Aprended, amados jóvenes, á desplegar varonil entereza en el vencimiento

de los sentidos, en la formación del carácter, desde los primeros pasos de vuestra carrera. Penetraos de la idea de que ser hombre, y hombre educado, no es precisamente adquirir caudal de ilustración, sino llegar á poseer tanta fuerza de voluntad, que la razón domine siempre á la sensualidad. ¿Qué diréis de aquel esfuerzo titánico con que domeña Gonzaga, no ya los sentidos del cuerpo, sino el sentido del alma, la más indómita de nuestras potencias, la imaginación, elemento siempre móvil, como la superficie del lago rizado por el soplo del más ligero céfiro? Contemplad á San Luis en oración. Á pesar de su recogimiento tan profundo, á pesar de aquel silencio y tranquilidad de un alma embebida toda en Dios, fija y extática, no queda satisfecho, habiendo ya transcurrido una hora entera, sólo porque ha llegado á distraerse el brevísimo espacio de un Avemaría; y ¿sabéis lo que se propone? Empezar de nuevo la oración, y si es preciso, continuarla por cuatro y cinco horas más, hasta conseguir dominar perfectamente la indomable fantasía. Esto excede á todo encomio. Esto parece el *máximum* de la fuerza de voluntad, y aun así no es explicable por sólo esfuerzo natural. Aquí se oculta una misteriosa fuerza de la gracia.

8. Pues bien, cristianos, hay todavía en la vida de San Luis otro rasgo tal vez más expresivo de su carácter, á lo menos para quien sea capaz de apreciarlo, como sólo puede serlo el hombre espiritual. Oíd. Cuando, á fuerza de constancia, ha llegado á mirar de hito en hito, sin pestañear, al Sol de justicia, cuando tiene tan fijos los ojos en Dios, que le es punto menos que imposible apartar de él su mirada y divagar por otros objetos, he aquí que la obediencia le sale al paso, intimándole el precepto de no pensar en Dios, de dis-

traer la mente, temerosa sin duda la prudencia de los superiores de que aquella idea fija le fuese perjudicial á la salud. Y era todo lo contrario. San Luis no gozaba de salud ni de vida en otra parte. Eso no obstante, debía y quería obedecer ciegamente. ¡Qué conflicto tan angustioso para un alma enamorada de su Dios, y, al propio tiempo, rendida esclava de la santa obediencia! ¡Qué lucha aquélla entre el amor y el deber! El corazón le arrastra hacia su Dios; y es Dios mismo quien, por el órgano de su representante, quiere apartarle de sí... Pero Dios le busca, se le pone delante en todas partes, y Luis, por complacerle más, llega á decirle: *Apártate de mí, Señor: Recede a me.* Esta cruel agonía despedaza el corazón del Santo hasta el extremo de producir el efecto contrario del que se propusiera la obediencia. Hubo, pues, que desistir del empeño. Mas ¿qué pensáis que hacía para cumplir con el mandato aquel héroe del propio vencimiento? Esforzar la voluntad hasta lo imposible para obedecer, aunque esta violencia le hubiese de costar la vida. ¡Oh! y ¡cómo se complacía su amante dueño al ver el sacrificio de su amado! ¿No debió de ser en esta ocasión cuando, como afirma Santa María Magdalena de Pazzis, arrojaba certeras saetas al corazón del Verbo?

Así consigue este admirable modelo de la juventud dominar el natural desorden de la tierna edad, haciendo empuñar el cetro á la razón sobre los sentidos, sobre la imaginación y el corazón. Ved aquí una juventud santificada por la ausencia de aquellos defectos que comúnmente la afean, nacidos del predominio de la sensualidad. Vamos á ver cómo contrasta su fortaleza y temple varonil con la debilidad para el